



El Héroe

—¡Qué horas de regresar á su casa un esposo que se titula modelo de maridos... Las cinco de la madrugada!...

—¡Cállate, por Dios... No me digas nada!., ¿verdad? ¡Un poco de agua de azahar, de tilo o de bromuro, de cualquier cosa!...

—Pero hombre ¿qué te pasa?

—Una cosa horrible, espantosa. ¡Qué impresión, Virgen Santa! ¡Qué cuadro de dolor! ¡Qué escenas desgarradoras!...

—Pero ¿qué ha ocurrido? Empiezo á temer que no estés en tus cabales...

—Soy un valiente, un héroe...

—¿Quién, tú? Vamos, hombre, decididamente estás mal. Baco sigue teniendo admiradores.

—No empieces á *adjetivar* que me voy á poner peor.

—Bueno, no *adjetivo*. Cuenta lo que ha ocurrido, lo que te produce tanto sobresalto.

—Escucha y pásmate. Sali del Casino á eso de las doce como de costumbre.

—¿Como de costumbre? Entonces serían las doce y un pico que se puede prolongar hasta ahora...

—No me interrumpas, que la cosa bien merece ser tomada en serio. Dejé el Casino y al doblar por la Avenida 18 de Julio ví que en una casa, se había declarado un voraz incendio. Las llamas ya lo habían invadido todo. Sus lenguas rojas lamían el frente del edificio, devorando cuanto encontraban á su paso. Era un espectáculo magnífico á la vez que impresionante. El cuerpo de bomberos tardaba en llegar. Se me dijo que en la casa no había nadie. Sus dueños aún no habían regresado de un gran baile diplomático que se realizaba en aquellos momentos y la servidumbre tampoco se encontraba en su interior. Resolví quedarme como mero espectador de aquel magnífico espectáculo, cuando de pronto me pareció escuchar los lastimeros quejidos de una criatura. Aquello me estremeció. Me acerqué más y me convencí de que mi presunción no era infundada. En la casa incendiada había alguien que demandaba socorros!... No titubeé ni un sólo instante, pensé en tí...

—¡Mientes!

—...y con un valor digno de los hijos de Troya—perdona la falta de modestia,—me lancé escaleras arriba con el firme propósito de no regresar sinó con el ser en peligro en los brazos. Al llegar al primer descanso sofocóme una nube de humo y casi me obliga á retroceder. Y temblé... A pesar de este contratiempo y del temblor resolví continuar en mi abnegada empresa.

—¡Así me gusta un hombre!...

—¡Gracias. Hice un llamado á todas mis fuerzas, pensé de nuevo en tí, y aquéllas me respondieron dócilmente. Una vez arriba corrí hacia la habitación de donde me pareció que partían los infantiles gritos. Al llegar allí un cuadro horrible se presentó á mi vista: el fuego habíase adueñado de toda la habitación arrasando paredes y muebles. Por ventura, aún no había llegado á un rincón de la pieza donde se encontraba la cuna de un niño, cuyos padres—infames seres—en esos momentos se divertían sin sospechar siquiera la horrible desgracia que los amenazaba, sin pensar que el único fruto que les había concedido el cielo corriese peligro tan enorme!... En su rostro angelical se pintaba, no el terror, sinó la sorpresa que le causaba la catástrofe que se desarrollaba á su alrededor. El pobrecito veía el horrible peligro que lo amenazaba como hubiera contemplado una magnífica puesta de sol ó una rueda de fuegos de artificio. Rubio, muy rubio, con una carita regordota á la que las llamas daban un color rojizo; con unos ojitos azules, claros, límpidos, como nostalgias de cielo. No había tiempo que perder: unos minutos más y el fuego completaría su obra quemando en vida aquella hermosa criatura, tan hermosa que los mismos ángeles podrían envidiarla. Pero ¿cómo pasar sobre aquella hoguera? Todas las puertas se hallaban interceptadas.. El fuego seguía avanzando y la muerte de aquel ángel era inevitable.

—¡Horrible!...

—No te lo figuras. Pero aún á costa de su vida, salté sobre el fuego y llegué á la cuna. El tierno ser abrazóse á mi cuello con todas sus fuerzas infantiles. Sentí una gran satisfacción al ver mi obra coronada por el éxito, pero en ese preciso instante cayó un tabique y el

lugar por donde había entrado quedó también obstruido! Ibamos á morir los dos, quemados, achicharrados, consumidos por aquella hoguera infernal!...

—¡Virgen Santa!..

—Creí que no te vería más, alma de mi alma; pero, por suerte, como si la Providencia quisiera premiar mi abnegación y no privarte á tí de un compañero fiel y de un esposo amante, á mis piés cayó una gruesa tabla, á la que debo mi salvación y la del niño. Caminando sobre ella y rodeado por las llamas llegué, con la presa que había arrebatado á la muerte, hasta el patio. ¡Estábamos salvados!.. No puedo precisar si por emoción ó por otra causa fué que en esos momentos me faltaron las fuerzas y caí. Al rato recobré el conocimiento y pude bajar las escaleras mientras á mis espaldas las claraboyas se desplomaban con estrépito. Al llegar, á la puerta con mi preciosa carga, la muchedumbre, horrorizada no se atrevió á correr en nuestro socorro, me aclamó delirante, me llevó en andas por las calles y hasta creo que se proyecta levantar una estatua cuando me muera. Hé aquí narrado sencilla y malamente, mi acto valeroso: ¡Ven á mis brazos esposa mía, abraza á un héroe sobre cuya cabeza se cierne la corona del valor y de la abnegación! ¡Cómo!... ¿No me abrazas?.. ¡A un héroe?...

—Déjate de abrazos. Parece que han llamado.

—¿Han llamado? ¿Quién podrá ser á estas horas?

—Posiblemente tus admiradores que vienen á traerte la corona de la gloria...

—Lo dudo. Pero que suban.

—¿Don Carlos Espinillo?

—Servidor de Vd.

—Le rueo se sirva acompañarme hasta la Comisaría. Lo ocurrido en el domicilio de Mme. Girald—gastos de champagne, aporramiento de una dema, etc.—exigen su presencia allí.

—¿Te convences, mujer, de mi heroísmo? Señor representante de la justicia, á sus órdenes. ¡Vamos!...

Arturo Scarone.

Paisaje gris

Para LA SEMANA

El ambiente está muy triste... una lluvia lenta y fría, llora un cielo gris obscuro, fiel testigo de mis cuitas.

Y el Otoño, viejo amigo, se ha colado á mi bohardilla; viene á hablarme de recuerdos llenos de melancolía.

Como un há ito que hiela la desapiadada brisa, pasa extendiendo una alfombra de hojas mustias y amarillas.

II

Fueron al nacer temprano de una ilusión la sonrisa, que dió aliento una mañana de primavera caricia.

Y sedientas de ventura, por el soplo seducidas, le siguieron por el mundo locas de gozar delicias.

Más ¡ay! pronto el desengaño llegó á la mitad del día y el mismo soplo dejólas tristes, pálidas, marchitas...

Pero más dolor encarna el árbol de que eran hijas: hoy se yergue triste y solo, como un llamado vigía.

Y alerta como un deber, en los campos de la Vida, ve muy lejos lo que un tiempo llamó fuerzas de alegría...

El recuerdo es como un sueño que sus dolores mitiga; —¡el soñador se ha quedado solo como casa en ruina!...

Todos huyen de su lado, temen á su compañía, cual si un contagio asomara por las abiertas heridas.

III.

El ambiente está muy triste: es la lluvia lenta y fina; y mi sueño es cual las gotas que en los cristales titilan...

J. SILVA SERRANO.

